

las inclinaciones, se dedicó con ardor a la oración mental, acabando por tener el don de oración; de éste pasó a la oración de quietud y llegó a lograr la unión con el Divino Esposo, quien la tomó de la mano y la atrajo a sí, ayudándola en su ascensión, en la que no pidió ni obtuvo visiones ni revelaciones, cosa que la asustaba, aunque sí tenía éxtasis.

Murió santamente a los sesenta años de edad, dejando en la casa de Mendoza el recuerdo de una mujer, si no santa, al menos de raras cualidades y virtudes de primer orden. Su vida ha sido estudiada por varios padres de la Compañía de Jesús, entre ellos el padre Jerónimo Perea, y modernamente por el hispanista francés Morel-Fatio.

